



CAPÍTULO OCTAVO

La guerra de España.

UN antes de pensar en distribuir entre sus hermanos, parientes y
deudos cetros y coronas, había cruzado por la mente de Napoleón la
idea de arrojar á los Borbones de los tronos que ocupaban; pues aparte de
mirarles con natural prevención por ser representantes de poderes cuya legiti-
midad se derivaba de la historia, su parentesco con la dinastía derrocada en Francia
causábale desconfianzas y recelos. Aquella idea, que no era al principio sino vago deseo y
propósito informe, revistió posteriormente el carácter de resolución irrevocable, asocián-
dose en su espíritu al proyecto de engrandecer á los individuos de su familia para forti-
ficar y aumentar sus medios de dominación. No fueron otros los motivos que le llevaron
á expulsar á los reyes de Nápoles, ni se encuentra en parte distinta el fundamento de sus
maquinaciones contra la independencia de nuestra patria. La elección de la forma y mo-
mento de ejecutar sus planes, en lo referente á España, la dejó Napoleón según su cos-
tumbre, al tiempo y á las circunstancias, que sin duda le favorecieron; mas aun suponien-
do que así no hubiese sido, difícilmente habríamos evitado entrar con él en lucha abierta,
so pena de someternos á su voluntad. Nuestra misión, sin embargo, no es penetrar en el
aventurado terreno de las hipótesis, sino referir los hechos tal y como acontecieron, con
la brevedad que nos imponen los límites de este libro, que debemos respetar, bien á pesar
nuestro, no obstante tratarse de sucesos que ejercieron influencia decisiva en los moder-
nos destinos de España y que ocupan lugar muy señalado en la historia general de prin-
cipios del siglo que ahora termina.



DON MANUEL GODOY

En uno de los capítulos anteriores, al hablar del nuevo tratado de alianza que firmaron en París el almirante Gravina y el ministro Decrés, digimos que, á partir de aquel momento, se anudaron íntimas relaciones entre el príncipe de la Paz, el voluble favorito que tantas veces disgustara al primer Cónsul, y el Emperador, que tantas otras le demostrara su enojo. Estaba convencido Napoleón de que el ascendiente de Godoy sobre Carlos IV y María Luisa era incontrastable, y había determinado utilizarlo para el logro de sus maquiavélicos fines. Comenzó, pues, por ofrecer al valido que le serviría de escudo y protección, si España cooperaba eficazmente á la guerra contra la Gran Bretaña. Eran los enemigos de Godoy muchos y poderosos, contándose entre ellos la esposa del príncipe de Asturias, la cual, siendo hija de la reina de Nápoles y estando dotada de ánimo varonil, combatía crudamente á Napoleón y sus parciales. Muy contento Godoy, prometió satisfacer los deseos del poderoso Emperador, con quien, por conducto de don Eugenio Izquierdo, hechura suya, que tenía en París como agente oficial, siguió desde entonces activa correspondencia para impedir que el príncipe de Asturias heredara el trono. No se perseveró, sin embargo, en esta idea; pues, á poco, vemos á Godoy fijarse en otra, que fué proponer á Napoleón encargarse él de la regencia de Portugal, alegando estar demente el príncipe que la ejercía y ser enemigas de España las dos princesas que se la disputaban. El Emperador contestó estar dispuesto á apoyar con su influjo y, en caso preciso, con sus armas cuanto quisiera hacer respecto de Portugal el príncipe de la Paz, el cual, animado de estas palabras, se dirigió á Izquierdo desde Aranjuez, el veinte de Febrero de mil ochocientos seis, diciéndole, entre otras cosas: «Mi seguridad está en la protección de S. M. I... Yo puedo experimentar una desgracia, la muerte de nuestros soberanos, y me veo obligado antes que llegue este terrible momento á procurarme un medio de vivir al abrigo de toda tentativa... Todo lo que S. M. I. y R. proponga, manifestaba al concluir, será acogido por SS. MM. nuestros soberanos.» Previno el Emperador á Izquierdo ser necesario que Godoy revelara francamente lo que quería. «S. M. I., participó el agente á su venerado protector, como llamaba al príncipe de la Paz, espera que tenga V. E. la debida confianza para decirle: «esto quiero, esto conviene, esto me parece», y luego modificar, según sus combinaciones los deseos, los intereses de V. E. y adaptarlo todo á algún sistema que tenga meditado...» Consecuencia de estos tratos fué que se conviniese en la división de Portugal, del que parte había de darse á Godoy. El Emperador deslizó la indicación de quedarse con el puerto de Pasajes en Guipúzcoa, que fué rechazada seguidamente, tanto por Izquierdo como por el príncipe de la Paz, sin que volviera á hablarse de este particular. Talleyrand formuló en trece artículos la solución que el francés quería y pensaba dar al negocio, la cual consistía en invitar á Carlos IV á declararse, si era de su gusto, Emperador de España y de las Indias y en hacer de Portugal dos porciones, una para el príncipe de la Paz y otra para el de Etruria,